Operaciones Secretas de la Segunda Guerra Mundial

Conspiraciones, agentes secretos, contraespionaje, golpes y sabotajes

Jesús Hernández

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Operaciones secretas de la Segunda Guerra Mundial
Autor: © Jesús Hernández

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-264-9
Fecha de edición: Noviembre 2011

Impreso en España

A mi hijo Marcel

Índice

Introducción 15

PARTE I. Golpes de mano 19

Capítulo 1
Operación Archery: Asalto a la fortaleza de Hitler 21

Capítulo 2
Operación Biting: A la caza del arma secreta germana 45

Capítulo 3
Operación Chariot: Asalto al puerto de Saint-Nazaire 63

Capítulo 4
Operación Chastise: «Después de mí, el diluvio» 81

PARTE II. Atentados y secuestros 105

Capítulo 5
Operación Flipper: Rommel, vivo o muerto 107

Capítulo 6
Operación Antropoide: Heydrich debe morir 133

Capítulo 7
Operación Vengeance: El desquite de Pearl Harbor 161

Capítulo 8
Operación Zeppelin: Stalin es el objetivo 179

Capítulo 9
Incursión en Creta: El secuestro de un general 197

PARTE III. Espionaje y contraespionaje 219

Capítulo 10
«A-54»: El agente de los mil nombres 221

Capítulo 11
«El hombre que salvó Londres» 241

Capítulo 12
Operación Most III: Cómo conseguir un cohete V-2 261

Capítulo 13
Eric Erickson: Un sueco en la «lista negra» 287

PARTE IV. Misiones audaces 305

Capítulo 14
El *raid* de Alejandría: Los italianos demuestran su valor 307

Capítulo 15
Operación Frankton: La audacia navega en canoa 327

Capítulo 16
Operación Gunnerside: La «batalla del agua pesada» 349

Capítulo 17
La hora de la venganza: Un plan para matar a seis millones de alemanes 367

Epílogo 387

Bibliografía 391

El que ama el peligro, en él perecerá.

Eclesiastés 3, 27

Introducción

La Segunda Guerra Mundial no sólo se libró en los campos de batalla, a pesar de lo que suelen reflejar los libros de Historia. La atención de los historiadores se centra habitualmente en ese aspecto, destacando la importancia trascendental de las decisiones estratégicas, los enfrentamientos entre ejércitos, los movimientos de tropas o las grandes ofensivas. Sin embargo, esa visión tan amplia del conflicto, en la que los hombres se cuentan por cientos de miles o incluso millones, no nos permite apreciar el papel que jugaron, o que aspiraron a jugar, reducidos grupos de combatientes, o incluso personas a título individual.

Si alguien piensa que el papel que podía jugar una persona anónima en un drama de las dimensiones colosales que alcanzó la guerra de 1939-1945 debía verse reducido forzosamente al de mero actor pasivo, la lectura de estas páginas hará que se vea obligado a cambiar de opinión.

Como se verá, durante la Segunda Guerra Mundial hubo personas corrientes que, imbuidas de una confianza ciega en sus posibilidades y de una asombrosa valentía, cuando no temeridad, se atrevieron a tomar decisiones que pusieron en juego su vida, en aras de defender

la causa a la que habían decidido servir. Ya fuera integrando un pequeño grupo de asalto, convirtiéndose en espías o prestándose a protagonizar una operación casi suicida tras las líneas enemigas, estas personas se pusieron al servicio de sus gobiernos voluntariamente, decididos a acometer las misiones más peligrosas para ayudar a ganar la guerra.

Los distintos servicios de inteligencia organizaron esas operaciones secretas para golpear al enemigo en su flanco más débil. Pero para llevarlas a cabo fue necesario encontrar a esos hombres valientes y audaces, dispuestos a arriesgar su vida por cumplir la misión encomendada costase lo que costase. Aunque las posibilidades de perecer en el intento eran amplias, nunca faltarían voluntarios para ello.

En estas páginas el lector podrá encontrar osados golpes de mano, asaltos, secuestros, asesinatos o arriesgadas misiones de espionaje. Todos los que participaron en estas operaciones estaban convencidos de que su acción tendría un efecto trascendental en el curso de la contienda y que su nombre sería recordado para siempre; en caso de perder la vida, no les cabía duda de que su país sabría reconocer su sacrificio.

No obstante, en la mayoría de ocasiones, esa aportación a la victoria final no se produciría. Muchos de ellos resultarían muertos, heridos o capturados por el enemigo antes de alcanzar su objetivo. Aun en los casos en los que esos héroes consiguieron cumplir con la misión que se les había encomendado, sería frecuente que los resultados de su acción no diesen el fruto previsto por los que habían impulsado el plan. Tan sólo una pequeña parte de aquellos hombres audaces lograría imprimir un nuevo giro al curso del conflicto y conseguiría que su nombre quedase inscrito con letras de oro en el gran libro de la guerra.

Por primera vez, una obra reúne esas operaciones secretas sin cuyo conocimiento no se entendería el desarrollo de la contienda. Algunas de ellas son conocidas pero, aun así, permiten disfrutar de un relato cuya emoción y suspense rivaliza con los del mejor *thriller.* Otras permanecen todavía hoy rodeadas de incógnitas y puntos oscuros que el paso del tiempo no ha permitido despejar.

Por último, otras misiones demuestran que la mejor planificación no es garantía de éxito; la mala suerte y los imprevistos provocaron de-

cepcionantes fracasos, que en los episodios aquí relatados significarían en muchos casos la muerte para sus valerosos protagonistas. El sacrificio supremo que hicieron entonces quizás pudo haber resultado inútil, pero su testimonio de arrojo, valentía y coraje permanecerá vivo para siempre.

Parte I

Golpes de mano

Capítulo 1
Operación Archery: Asalto a la fortaleza de Hitler

Antes del amanecer del 27 de diciembre de 1941, unos barcos se adentraban con sigilo en un tranquilo y silencioso fiordo noruego. Con las primeras claridades del día, la tierra cubierta de nieve se recortaba en el mar. En la orilla sólo se veía el resplandor de la lumbre en las cabañas de los pescadores, preparándose para comenzar otra jornada de trabajo.

A bordo de los buques, medio millar de hombres, ateridos de frío pero confiados y resueltos, esperaban que llegase el momento de actuar. Habían embarcado tres días antes en Escocia y se encontraban cansados y mareados por la travesía, pero su ánimo estaba intacto. Tenían ante sí un excitante desafío con el que llevaban tiempo soñando; asaltar la fortaleza europea de Hitler.

En esos momentos, la Alemania nazi era dueña de casi toda Europa. Sólo Gran Bretaña había logrado resistir los embates de la implacable máquina de guerra germana, rechazando la terrible ofensiva de la Luftwaffe del verano y otoño del año anterior, pero en ese invierno de 1941 el resto del continente había hincado ya su rodilla ante el poder de la esvástica. Tras la invasión de los Balcanes y el avance incontenible de los *panzer* por las llanuras rusas, el Ejército Rojo estaba defendiendo con éxito Moscú, pero parecía muy lejano el día en el que Europa pudiera sacudirse de encima el aplastante dominio nazi.

Sin embargo, aquellos hombres en quienes el frío penetraba hasta los huesos estaban dispuestos a demostrar a Hitler que su dominio de Europa no era incontestable. La audaz acción que estaban a

punto de lanzar sobre una aldea de la Noruega ocupada no dejaría de ser un pequeño alfilerazo en la gruesa piel de un poderoso paquidermo, pero aun así estaban decididos a poner en riesgo su vida para desafiar al todopoderoso *führer*.

La mayor parte de ellos habían estado en el infierno de Dunkerque y ansiaban desquitarse de la humillación sufrida un año y medio antes. Todos ardían en deseos de reencontrarse con el enemigo teutón; su ardor guerrero era tal que algunos oficiales creyeron necesario recordarles, antes de zarpar, las leyes de la guerra para evitar algún exceso.

Mientras los incursores comprobaban una vez más el perfecto estado de su equipo y se aprestaban a saltar a tierra en cuanto resonase la orden en cubierta, los barcos seguían avanzando por el fiordo en completa calma, sin ser descubiertos por los alemanes. El momento de la revancha, silenciosamente, había llegado.

UNA NUEVA FUERZA DE COMBATE

Uno de los capítulos más sugestivos de la Segunda Guerra Mundial es el de las operaciones llevadas a cabo por los comandos británicos, como la que estaban a punto de lanzar aquellos hombres en un lugar de la costa noruega. Aunque este tipo de misiones no llegaría a tener un peso apreciable en el desarrollo de la contienda, el primer ministro Winston Churchill fue partidario de recurrir a ellas, consciente de la importancia que podían tener para mantener alta la moral en esos momentos de hegemonía militar alemana en la Europa continental. Así, los británicos supieron rodear estas incursiones en territorio enemigo de una excelente cobertura propagandística, lo que llevó a la opinión pública aliada a conceder a los comandos una relevancia que sobrepasaría con mucho a la que realmente poseyeron.

El origen de esta singular fuerza de combate hay que buscarlo el 4 de junio de 1940, cuando Churchill anunció ante una compungida Cámara de los Comunes que lo que quedaba del Ejército británico que había acudido a socorrer a holandeses, belgas y franceses se había retirado a las playas de Dunkerque y se aprestaba a su evacuación, lo que significaba dejar el continente en manos de Hitler.

En torno a este puerto francés del canal de la Mancha se habían replegado las fuerzas británicas que habían escapado de la aniquilación a manos de la victoriosa Wehrmacht y su arrolladora guerra relámpago. A partir de ese momento, lo único que podía hacer era trasladar el mayor número posible de hombres de vuelta a las islas británicas.

La noche de esa funesta jornada, el teniente coronel Dudley Clarke, oficial del Estado Mayor de la Oficina de Guerra *(War Office)* británica, con veinte años de servicio y gran conocedor de la historia militar, comenzó a analizar qué habían hecho otras naciones en el pasado cuando sus ejércitos fueron batidos en el campo de batalla.

Clarke recordó que en la guerra de la Independencia de 1808-1814 los españoles habían respondido a los franceses invasores lanzando ataques relámpago tras las líneas enemigas con pequeños grupos de soldados irregulares ligeramente armados, las guerrillas. Cerca de un siglo después, los colonos holandeses resistieron al avance de las tropas británicas durante la guerra de los Bóers empleando esa misma estrategia. En 1936, en la Palestina ocupada por los británicos, estos se habían visto hostigados seriamente por grupos de árabes mal armados, pero capaces de poner en jaque a tropas regulares gracias a su gran movilidad y conocimiento del terreno.

El teniente coronel Clarke pensó que, si entonces Gran Bretaña había sido objeto de esa guerra irregular, ahora que ella debía enfrentarse a un enemigo superior podía emplear en su beneficio ese medio de hacer la guerra tan poco ortodoxo como efectivo. Así pues, Clarke decidió diseñar un plan para la creación de una nueva fuerza destinada a desenvolverse de forma similar a como lo habían hecho esos movimientos guerrilleros históricos. Buscando un nombre para esas tropas de nuevo cuño, Clarke, sudafricano de nacimiento, tomó prestado el nombre que habían adoptado los bóers: «Comandos», una palabra afrikáner que significa 'unidades militares'.

Al día siguiente, Clarke presentó la propuesta a su superior, el jefe de Estado Mayor sir John Dill, consistente en un plan detallado para asestar golpes de mano en el continente con el objetivo de forzar a los alemanes a distraer fuerzas para proteger las costas de su fortaleza europea, retirándolas así de otros teatros de guerra. Dill acogió la idea con entusiasmo. La idea de Clarke fue trasladada ese mismo

día a Churchill, que captó de inmediato las grandes posibilidades que se abrían en un momento en el que era necesario más que nunca despertar el espíritu ofensivo del ejército, abatido tras la tan rápida como inesperada derrota que había tenido su colofón con la evacuación de Dunkerque.



Comandos británicos adiestrándose en la lucha cuerpo a cuerpo, indispensable para las incursiones en territorio enemigo que les serían encomendadas.

Un día después, Churchill presentó un memorándum ante el gabinete de guerra en el que se apostaba por poner en práctica la propuesta de Clarke. El *premier* británico, siempre tan expresivo, habló de «crear un reinado de terror en la costa enemiga» y de lanzar una «ofensiva contra todo el litoral ocupado por los nazis que deje detrás un reguero de cadáveres alemanes».

Churchill supo transmitir su entusiasmo a los miembros del gabinete y la propuesta fue aceptada. Se creó así el Departamento MO-9 de la Oficina de Guerra, que sería conocido con el nombre de «Comandos», aunque muchos oficiales preferirían denominarlo «Servicio Especial» *(Special Service);* ambos nombres serían empleados indistintamente hasta el final de la guerra. Si esa reunión se celebró durante la mañana, por la tarde Clarke ya estaba trabajando en el proyecto; se le encargó que preparase una incursión lo más pronto posible.

Con toda seguridad, cuando dos días antes a Clarke se le ocurrió la idea de lanzar una guerra de guerrillas contra los alemanes, no imaginó que su idea fuera a ponerse en práctica tan rápido. Pero la amenazadora situación a la que debía enfrentarse Gran Bretaña, con las tropas alemanas firmemente asentadas en la otra orilla del canal de la Mancha y preparándose ya para el asalto a la isla, favorecía la apuesta por esas ideas novedosas, más aún después del fracaso que el ejército convencional había cosechado en el continente. Había llegado la hora de una nueva mentalidad, de nuevas tácticas y de nuevos hombres; era el momento de los comandos.

DECEPCIONANTE DEBUT

Una vez creado el cuerpo de Comandos con voluntarios de las desactivadas Compañías Divisionales Independientes *(Divisional Independent Companies)* que habían servido en Noruega, se comenzó a diseñar su primera acción en territorio enemigo para comprobar así su potencial con vistas a operaciones más importantes. Churchill demostró su confianza en esta nueva unidad ordenando que fuera equipada con el armamento más moderno, lo que hizo aumentar aún más el optimismo en el que se desarrollaban los preparativos para su bautismo de fuego.

En tan sólo tres semanas, Dudley Clarke ya estuvo en condiciones de cumplir la misión que le había sido encomendada por el primer ministro. La incursión al otro lado del canal de la Mancha tendría lugar la noche del 24 de junio. Un total de ciento quince hombres, a bordo de cuatro botes de rescate de la fuerza aérea británica *(Royal Air Force,* RAF*)*, cruzaron el canal rumbo a la costa francesa. Su objetivo era atacar cuatro puntos al sur de Boulogne para poner a prueba las defensas alemanas y capturar unos cuantos enemigos.

Sin embargo, el resultado de la incursión no pudo ser más descorazonador. Uno de los botes llegó a tierra y sus tripulantes se dedicaron a vagar por una zona desértica, sin encontrar rastro de ningún soldado alemán; aburridos de deambular por entre las dunas, decidieron subir de nuevo al bote y regresar. La segunda lancha acabó llegando a un embarcadero de hidroaviones alemanes; viéndose en clara inferioridad en caso de que se entablase un combate, optaron también por volver a la costa inglesa. El tercer bote, al menos, consiguió eliminar a dos centinelas alemanes. Llevados por su euforia, regresaron de inmediato, pero de inmediato se vio que su acción había sido completamente inútil; no les habían registrado los bolsillos para obtener algún documento de valor y ni tan siquiera habían descubierto lo que aquellos centinelas estaban encargados de vigilar. Y, por último, los tripulantes de la cuarta lancha, con problemas en su brújula, a punto estuvieron de meterse de lleno en el puerto de Boulogne, fuertemente defendido por los alemanes; llegaron finalmente a una playa, en la que desembarcaron, pero fueron descubiertos por una patrulla de alemanes en bicicleta. Se entabló un tiroteo en el que un soldado británico resultó herido, aunque pudieron finalmente alcanzar de nuevo la embarcación y poner rumbo a Inglaterra.

Para colmo, el regreso de los botes no sería precisamente heroico. Al tratarse de una misión secreta, las autoridades portuarias no habían sido avisadas de la llegada de las lanchas. A una de ellas se le negó la entrada a puerto hasta que se comprobase la identidad de los tripulantes. Este tiempo de espera fue aprovechado por los comandos para dar buena cuenta de unas botellas de ron que había en el botiquín del bote, destinadas a reanimar a los aviadores que habían caído al mar. Cuando a los soldados se les permitió desembarcar, casi no podían mantenerse en pie; la policía militar sospechó que

se trataba de desertores, por lo que acabaron durmiendo la mona en un calabozo.

Cuando los detalles de esta desastrosa operación llegaron a la Oficina de Guerra, se llegó a la conclusión de que una acción de ese tipo no podía improvisarse, tal como había sucedido en este caso. Era necesario establecer una selección y un entrenamiento especial para evitar que se volvieran a cometer esos errores de bulto. Los potenciales reclutas debían ser una mezcla de «piratas, gángsters y miembros de una tribu india», según las anotaciones de Dudley Clark.

Los hombres que serían admitidos en ese cuerpo de reciente creación responderían todos a un perfil muy definido; eran independientes, excéntricos, idealistas y, sobre todo, poseedores de una valentía que rozaba la temeridad. Todos eran conscientes de las dificultades que entrañaba participar en una acción en territorio enemigo, en el que el retorno no estaba asegurado. Además, sabían de antemano que, de ser capturados por los alemanes, tendrían muchas posibilidades de acabar ante un pelotón de ejecución.

Los programas de entrenamiento de esa nueva fase del cuerpo de Comandos serían tan atípicos como exigentes, prescindiendo de las normas y reglamentos convencionales del Ejército. Por ejemplo, los reclutas no podían dormir ni comer en los cuarteles y se les entregaría una pequeña asignación para que tratasen de «vivir sobre el terreno». Esas novedades despertaron suspicacias entre los militares más tradicionales, pero aun así la Oficina de Guerra siguió confiando en el potencial de la nueva fuerza.

Así, el 14 de julio de 1940 los comandos dispusieron de una segunda oportunidad. Esa noche, un centenar de ellos se aproximó en lanchas de desembarco botadas desde dos destructores a la isla de Guernsey, cercana a la costa francesa, en poder de los alemanes. Un error de orientación hizo que una lancha acabase frente a un acantilado y una avería obligó a otra a regresar. Sólo cuarenta hombres desembarcaron en la isla; consiguieron llegar a los objetivos señalados, un campo de aviación y un cuartel, pero los encontraron abandonados por los alemanes. Sin posibilidades de hacer prisioneros, al final tuvieron que conformarse con llevar a cabo una acción de sabotaje consistente únicamente en cortar tres cables telegráficos.

Las grandes expectativas puestas en esta segunda operación, mejor preparada que la desastrosa acción contra el puerto de Boulogne,

se habían esfumado; el balance final del asalto a la isla de Guernsey había sido casi tan decepcionante como el primero.

EL PRIMER ÉXITO

A pesar de las mejoras introducidas en el reclutamiento y el entrenamiento de los comandos, el estrepitoso fracaso de la incursión sobre la isla de Guernsey reveló que una fuerza de este tipo requería de una organización más compleja, capaz de trabajar de manera coordinada con la RAF y la Marina Real (Royal Navy).

Así, tres días después de esa operación, el 17 de julio de 1942, se puso al veterano almirante sir Roger Keyes al frente del Cuartel General de Operaciones Combinadas *(Combined Operations Headquarters),* que debía coordinar ese tipo de ataques realizados por los comandos. La avanzada edad de Keyes no supuso un obstáculo para su elección, aunque no dejaba de sorprender que un cuerpo de reciente creación, que tendría que regirse por criterios innovadores, fuera encomendado a alguien que podía verse lastrado por su pasado. A cambio de ese supuesto punto débil, Keyes gozaba de un enorme prestigio en el estamento militar y además era sumamente popular entre la gente, lo que podía servir para dar un fuerte impulso de salida a esta nueva unidad.

El flamante jefe de Operaciones Combinadas podía presentar un currículum tan abultado como brillante, que se remontaba a principios de siglo. Keyes había luchado en China durante la rebelión de los bóxers y se convertiría en un héroe durante la Primera Guerra Mundial. Fue oficial de submarinos y mandó un acorazado. En la primavera de 1918, Keyes dirigió una incursión marítima contra la base de submarinos alemanes en Ostende, en la que consiguió bloquear la salida del puerto hundiendo en la bocana unos barcos de cemento.

A pesar de la escasez de armas y materiales, Keyes confiaba en reeditar la gloria obtenida durante la Gran Guerra, en este caso al frente de los comandos, y en acciones similares a la que él protagonizó en Ostende. Sin embargo, inesperadamente, el prestigio de Keyes no le sirvió para obtener el apoyo total de la Oficina de Guerra en su tarea, lo que obligó a la intervención personal de Churchill, quien

logró que el almirante saliera reforzado de su disputa con los burócratas.

Dentro del proceso de organización de la unidad llevado a cabo por el almirante Keyes, en noviembre de 1940 se constituyó la Brigada de Servicios Especiales *(Special Service Brigade),* formada por dos mil hombres y organizada en comandos, numerados del 1 al 12. Los voluntarios fueron sometidos a un durísimo entrenamiento en las Highlands escocesas. Tras varios meses de adiestramiento, los hombres estaban deseosos de entrar en acción, pero los sucesivos aplazamientos acabaron minando la moral, extendiéndose entre los comandos un sentimiento de frustración.

Pero en febrero de 1941 llegaría el esperado momento de poner en práctica las habilidades entrenadas una y otra vez en Escocia. Los comandos 3 y 4 participarían en un asalto a las islas Lofoten, situadas en la costa noruega, cerca del Círculo Polar Ártico. El objetivo de la incursión era destruir las fábricas de aceite de pescado que había allí instaladas. En estas fábricas, además de producir aceite de arenque y de bacalao, se procesaba gran parte de él para obtener glicerina, que se empleaba en la fabricación de los explosivos alemanes. Además, también se preparaban unas píldoras de vitaminas A y B que eran suministradas a las fuerzas armadas alemanas, la Wehrmacht. El objetivo era modesto, pero podía resultar un excelente banco de pruebas para comprobar si los comandos estaban preparados para afrontar empresas más ambiciosas y, en todo caso, siempre y cuando la operación fuera un éxito, iba a suponer un golpe psicológico a los alemanes además de una inyección de moral para los británicos.

Así, la fuerza de asalto zarpó de la base naval escocesa de Scapa Flow en la medianoche del 1 de marzo de 1941. El convoy constaba de dos buques de transporte de tropas, con medio millar de comandos a bordo, y cinco destructores. El viaje fue largo y pesado; durante los tres días que duró la travesía los hombres sufrieron un frío intenso, imposible de atemperar a pesar de toda la ropa de abrigo que llevaban encima, y tuvieron que soportar mareos a causa del balanceo de los buques en las agitadas aguas del mar del Norte.

Los barcos alcanzaron su objetivo en la madrugada del 4 de marzo. Los comandos bajaron a las lanchas de desembarco y se dirigieron a las dos islas en donde se levantaban las fábricas de aceite de pescado. Aunque estaba todo en calma, los soldados británicos no

las tenían todas consigo, pensando que podían ser objeto de una emboscada por parte de los alemanes.

La tensión iba en aumento conforme se acercaban más al muelle en el que tenían previsto desembarcar. Existía un fundado temor entre los comandos a que esa tranquilidad fuera debida a que se estuvieran dirigiendo hacia una trampa urdida por los defensores germanos. Pero cuando los británicos llegaron al puerto se encontraron con una sorpresa que nadie había podido imaginar: cientos de noruegos se arremolinaban en el muelle para dar la bienvenida a los incursores. Ante la estupefacción de los comandos, los civiles les tendían la mano para ayudarles a salir a tierra.

Los británicos nunca hubieran soñado con disfrutar de un desembarco tan plácido. Mientras tanto, no había ni rastro de las tropas alemanas. Inexplicablemente, la guarnición germana de las Lofoten se limitaba a dos centenares de hombres de los que la mayoría eran marinos mercantes; todos ellos se entregarían sin combatir. La única resistencia al asalto la protagonizó un pesquero artillado alemán que, sin ser consciente de su inferioridad en esas circunstancias, intentó plantar cara él solo a los cinco destructores; su gesto suicida le valió ser atacado y hundido en apenas unos minutos.

Los comandos británicos se apoderaron de la estación de telégrafos y de la central telefónica, mientras el Cuerpo de Ingenieros iniciaba los trabajos de demolición de las dieciocho fábricas de pescado que había en la zona, junto a unos grandes tanques de almacenamiento de fueloil. Así, comenzaron a retumbar las explosiones que iban convirtiendo en ruinas humeantes las plantas procesadoras de aceite y los depósitos de combustible. Con el desembarco de los británicos, los habitantes de las Lofoten vieron llegada su hora de tomarse la revancha por las humillaciones pasadas bajo la ocupación germana y se aprestaron a denunciar a los colaboracionistas.

En la operación hubo también lugar para el proverbial humor inglés. Antes de destruirla, a un teniente se le ocurrió enviar desde la estación de telégrafos acabada de capturar un telegrama con un destinatario singular:

> Adolf Hitler, Berlín. En su último discurso usted dijo que las tropas alemanas saldrían al encuentro de los ingleses donde quiera que estas desembarcasen. ¿Dónde están sus tropas?

Se desconoce si el telegrama llegó finalmente a manos de su destinatario, pero es de suponer que, de haber sido así, con toda seguridad el *führer* tuvo que sufrir uno de esos irrefrenables ataques de cólera a los que era tan propenso cuando venían mal dadas.

Poco después del mediodía, la misión se dio por concluida. Los soldados regresaron a sus botes; mientras las lanchas de desembarco se alejaban del puerto, los noruegos permanecían en el muelle eufóricos cantando su himno nacional, a pesar de que los incursores acababan de destruir su principal fuente de sustento. Los barcos británicos regresarían con muchos más pasajeros que los que iban en el viaje de ida; a los comandos había que sumar doscientos dieciséis prisioneros alemanes y trescientos catorce noruegos que se habían ofrecido voluntarios a luchar junto a los aliados.

El asalto a las Lofoten no pudo ser más exitoso. Todos los objetivos se habían cumplido y el único precio que se pagó fue el de un oficial herido en el muslo, al disparársele la pistola que llevaba en el bolsillo del pantalón. Curiosamente, el enemigo más encarnizado que se encontraron los británicos esa madrugada invernal en las Lofoten no fue la guarnición alemana, sino el frío glacial y entumecedor contra el que era inútil combatir a pesar de llevar encima varias capas de ropa de abrigo. De todos modos, los comandos regresaron felices y satisfechos a suelo británico.

El excelente balance de la incursión sobre las Lofoten parecía que iba a suponer la consolidación del almirante Keyes al frente del Cuartel General de Operaciones Combinadas y un empuje decisivo a sus ambiciosos proyectos, pero no sería así. Los aplazamientos sucesivos de nuevas operaciones, como un proyectado asalto a las islas Canarias que nunca tendría lugar, acabaron con la paciencia de Keyes, cuya relación con los burócratas de la Oficina de Guerra y los jefes de las otras fuerzas militares empeoraba día a día.

Churchill optó finalmente por sustituir al controvertido almirante Keyes por alguien con un perfil más diplomático, el capitán Louis Mountbatten, primo del rey, quien poseía una mayor habilidad para superar ese tipo de obstáculos, además de un carisma que le hacía extraordinariamente popular entre sus subordinados. Así, como jefe de Operaciones Combinadas, lord Mountbatten se aprestó a poner nuevamente a prueba a los comandos que tenía ahora bajo su mando.

RUMBO A NORUEGA

En diciembre de 1941, y bajo el mando recién estrenado de lord Mountbatten, se llevaría a cabo el primer gran ataque de Operaciones Combinadas de la guerra. El objetivo de esta acción sería Vagsoy, una isla separada por unos centenares de metros de la costa noruega, entre los puertos de Trondheim y Bergen.

El objeto de la incursión era similar al que se había lanzado contra las islas Lofoten, aunque más ambicioso. Además de atacar y destruir la guarnición alemana en el pequeño puerto de Vagsoy del Sur (Sor-Vagsoy) y volar las fábricas de aceite de pescado, iban a tratar de hundir barcos, traer voluntarios noruegos a Gran Bretaña y capturar soldados germanos y civiles colaboracionistas.

Esos objetivos, de alcance limitado a pesar de todo, se enmarcaban en la estrategia general de hostigar a los alemanes en aquellos lugares en donde creyeran estar seguros, como era Noruega, para forzarles a destinar allí más efectivos. Cuantos más hombres emplearan en la defensa de las costas occidentales de Europa, menos serían los disponibles para combatir en el frente oriental o en el norte de África.

Se pensaba que la guarnición de Vagsoy del Sur consistía en ciento cincuenta soldados de infantería, un carro de combate y un centenar de trabajadores de la Organización Todt[1]. Una batería de cuatro cañones, situada en la pequeña isla de Maloy, y otra de dos cañones, emplazada en la isla de Rugsund, cubrían el fiordo de Vagsoy.

La fuerza de desembarco estaba integrada por quinientos setenta hombres. Se agregaron combatientes del Ejército noruego para actuar de guías e intérpretes. El puesto de mando se estableció en el crucero ligero *Kenya*. La fuerza sería escoltada y apoyada por cuatro destructores *(Onslow, Oribi, Offa y Chiddingfold)* y los hombres desembarcarían desde dos buques de asalto. El submarino *Tuna* actuaría de baliza para facilitar la navegación.

El 13 de diciembre de 1941, una vez reunidos todos los hombres que debían participar en la misión, se explicaron en detalle las acciones que debían ejecutarse durante la denominada Operación Archery.

[1]La Organización Todt era un organismo estatal alemán creado en 1938 por el ingeniero Fritz Todt para la construcción de fortificaciones y otras obras públicas. Tras la muerte de Todt en 1942, su dirección recayó en Albert Speer.

Con mapas, fotografías aéreas y maquetas se indicó a cada hombre su cometido con las posibles alternativas; todos debían asegurarse de haber entendido el papel que debían desempeñar en la misión.

Pero a diferencia de las Lofoten, Vagsoy estaba muy fortificada con baterías costeras y guarniciones alemanas y por lo tanto había pocas posibilidades de desembarcar sin resistencia. El plan era que un grupo atacara y se apoderara del sur de Vagsoy el tiempo suficiente para que otro grupo volara las fábricas. Pero primero había que silenciar los cañones de la costa y las baterías antiaéreas de Maloy, una minúscula isla que protegía el canal entre Vagsoy y la tierra firme noruega.

Un componente esencial de la operación era la estrecha cooperación entre la Royal Navy y la RAF. Cuando entrasen los comandos, los bombarderos atacarían los aeródromos cercanos ocupados por los alemanes, y el crucero *Kenya* y los cuatro destructores bombardearían las posiciones de la artillería alemana en Vagsoy y Maloy. La incursión tendría lugar el 26 de diciembre de 1941, cuando los alemanes estuvieran descansando tras las fiestas de Navidad, pero los comandos debían ponerse en camino dos días antes.

Louis Mountbatten fue a Scapa Flow para desear suerte a los incursores, que ese año no podrían celebrar la Nochebuena. Su ardorosa arenga concluyó con estas palabras:

> Una última cosa. Cuando mi buque, el destructor *Kelly,* fue hundido en las proximidades de Creta a primeros de año, los alemanes ametrallaron a los supervivientes en el agua. Por mi parte no es absolutamente necesario tratarlos con amabilidad. ¡Buena suerte a todos!

A pesar de las palabras de lord Mountbatten, no parecía necesario insuflar ánimo y valor en aquellos hombres. Tal como se ha apuntado, la mayor parte de ellos habían estado en Dunkerque y consideraban que había llegado el momento del ansiado desquite; los oficiales se vieron obligados a recordarles el comportamiento que debían mostrar con los prisioneros, respetando en todo momento las leyes y costumbres de la guerra.

A las nueve y cuarto de ese 24 de diciembre, amparados en la oscuridad, la fuerza de ataque zarpó de la base de Scapa Flow en dirección a Sullom Voe, en las islas Shetland. En el trayecto, el convoy se vio fuertemente zarandeado por un vendaval procedente del Atlántico.



Un grupo de comandos británicos perfectamente formado a bordo de una lancha de desembarco. Este entrenamiento les sería útil en operaciones anfibias como la del asalto a Vagsoy.

Los buques de asalto, con todo su aparejo de lanchas de desembarco, se balanceaban de tal modo que parecía que de un momento a otro iban a volcar. Para alivio de las tripulaciones, al mediodía llegaron por fin a las Shetland. La tormenta no se había apaciguado aún, por lo que se decidió permanecer al abrigo del puerto de Sullom Voe y aprovechar para realizar reparaciones. De las bodegas de uno de los buques de asalto hubo que desalojar ciento veinte toneladas de agua.

Como la predicción meteorológica indicaba que la tormenta todavía duraría un mínimo de doce horas, y ante las múltiples averías sufridas por la flotilla, se decidió retrasar la incursión veinticuatro horas. Los comandos, acostumbrados a participar en operaciones que se cancelaban en el último momento, se dedicaron a especular sobre las auténticas razones del retraso; el rumor más original fue el que aseguraba que el Papa había pedido que no se efectuasen operaciones el día de Navidad. Así, los hombres disfrutaron de un inesperado día de fiesta, que algunos aprovecharon para buscar y decorar un árbol navideño.

Al día siguiente, otro grupo de comandos llevó a cabo un pequeño golpe de mano en Reine, en la costa norte de las islas Lofoten. Este asalto, conocido como Operación Anklet, se lanzó con el fin de distraer la atención de los alemanes ante la incursión que estaba a punto de tener lugar en la costa noruega.

A las cuatro de la tarde del 26 de diciembre la fuerza que debía asaltar Vagsoy se hizo de nuevo a la mar para cubrir las últimas trescientas millas que les separaban de su objetivo. La travesía se realizaría con viento y oleaje, aunque las condiciones del mar irían mejorando conforme se fueron acercando a la costa.

SORPRESA TOTAL

Tal como se relataba al inicio del capítulo, todavía no había amanecido el 27 de diciembre de 1941 cuando los hombres se hallaban ya en sus puestos de los barcos de asalto, abrigados con jerséis de cuello alto además de su uniforme habitual, para combatir el penetrante frío. Los barcos británicos entraron en el fiordo con las luces apagadas y en absoluto silencio. A medida que surgían los primeros rayos de sol de aquella jornada, la nieve de la costa comenzaba a brillar tímidamente, mientras algunas luces dispersas señalaban las casas de los pescadores.

Desde un puesto de observación situado al sur de la isla de Vagsoy, un vigía alemán descubrió a los barcos que se acercaban. Parecía que el factor sorpresa se iba a perder en unos minutos, pero la suerte jugó en esta ocasión del lado británico. El vigía germano telefoneó al comandante de la guarnición en Vagsoy del Sur, pero su llamada no obtuvo respuesta. Su siguiente llamada sí fue contestada en la oficina del capitán del puerto de Vagsoy del Sur, pero en lugar de hacer saltar de inmediato las alarmas le dijeron que debía tratarse de un pequeño convoy que estaban esperando; el vigía insistió en que aquellos barcos no parecían mercantes, sino buques de guerra, pero su aviso fue ignorado y además tuvo que soportar toda suerte de improperios, ya que en la oficina del capitán estaban convencidos de que había bebido más de la cuenta.

A pesar del nulo eco que había encontrado su aviso, el vigía no se rindió. Envió un mensaje a un ordenanza de comunicaciones en el que aseguraba que «barcos de guerra no identificados están entrando en el fiordo». Sin embargo, el aviso se perdió en una maraña burocrática en la que nadie quería hacerse responsable de abrir fuego sobre el convoy, del que todavía no se tenía la certeza de si era amigo o enemigo. De hecho, la batería costera emplazada en el islote de Maloy, cuyo papel en la protección de la isla de Vagsoy era fundamental, ni siquiera recibió una señal de alerta.

Estas dudas quedarían definitivamente despejadas poco antes de las nueve de la mañana, cuando los cañones de los barcos británicos abrieron fuego contra Maloy, sorprendiendo totalmente a los soldados alemanes de la guarnición, que en ese momento estaban reunidos en una sala del cuartel escuchando la charla de un oficial. Los proyectiles procedentes del crucero y los cuatro destructores comenzaron a llover sobre las posiciones germanas a una infernal cadencia cercana a uno por segundo, destruyendo en apenas unos minutos el cuartel y tres de los cuatro cañones que conformaban la batería costera.

Protegido por los disparos, el grupo que tenía como misión neutralizar la batería y la guarnición de Maloy avanzó hacia la orilla a bordo de una lancha de desembarco. Haciendo gala de una perfecta sincronización, nada más cesar el bombardeo naval hicieron su aparición los aparatos de la RAF para lanzar unas bombas de humo a baja altura, permitiendo así el desembarco de los comandos.

Aunque habían sido tomados por sorpresa, los soldados alemanes de Maloy intentaron oponer resistencia tratando de rechazar a los invasores, pero el reto era demasiado difícil. Los británicos se desplegaron rápidamente alrededor del cuartel sin dejar de disparar y los defensores tan sólo pudieron sostener algunas escaramuzas aprovechando la protección que les proporcionaban las esquinas de los edificios. La refriega se prolongaría unos veinte minutos. Los alemanes que no habían caído bajo las balas inglesas se entregaron; las armas callaron en Maloy.

ASALTO A VAGSOY

En Maloy los comandos habían conseguido aprovecharse del factor sorpresa, cogiendo desprevenidos por completo a los alemanes, pero en la isla principal la lucha sería más dura. Los comandos a los que se les había ordenado tomar el pueblo de Vagsoy del Sur no tuvieron la suerte de cara. Uno de los aviones de apoyo fue alcanzado por



Tres comandos británicos avanzan parapetados tras una casa durante el ataque en Vagsoy.

el fuego antiaéreo, desprendiéndose una bomba de humo de fósforo que fue a caer precisamente sobre una lancha de desembarco, matando o hiriendo gravemente a la mitad de los comandos que iban a bordo. Además, los botes que llegaron a la orilla fueron inmediatamente atacados por los alemanes, ya alertados por el asalto a Maloy.

A pesar de ese mal comienzo, los comandos lograron abrirse paso en la orilla, obligando a los defensores a replegarse al interior del pueblo, cuyas calles estaban cubiertas de nieve. Los comandos avanzaron por Vagsoy del Sur disparando ráfagas cortas mientras los alemanes seguían retrocediendo. Pero la fuerza de los invasores poco a poco fue perdiendo impulso y los defensores consiguieron organizar una improvisada resistencia, tomando posiciones en portales y ventanas.

Los alemanes forzaron a los comandos a tomar el pueblo casa por casa, un escenario que no resultaba del agrado de los británicos. Los invasores comenzaron a ser víctimas de certeros disparos de francotiradores. El resultado de la lucha era cada vez más incierto. Ante la resistencia enconada de los alemanes en el centro y el norte de la localidad, a las diez y veinte de la mañana los británicos se vieron obligados a recurrir a las tropas de reserva que esperaban en uno de los barcos. Los refuerzos llegarían también desde la isla de Maloy, en donde hacía una hora que los combates habían cesado.

Sin embargo, el aporte de más tropas no lograría aplastar por el momento la feroz resistencia alemana. Los comandos se sorprendieron de la tenacidad de los defensores, que tenían bajo su control la calle principal del pueblo. Los británicos intentaron avanzar por las calles adyacentes, pero los soldados germanos conseguían hacerse fuertes en cualquier casa. Varios almacenes del muelle también estaban en manos alemanas, a pesar de los sucesivos ataques de los comandos que pretendían desalojarlos.

Para aumentar la confusión, comenzaron a extenderse varios incendios por el pueblo, ya que este estaba formado casi en su totalidad por casas de madera; estas ardían a ambos lados de la calle principal y una tras otra se iban derrumbando conforme cedían sus vigas. El combate era tan encarnizado que algunos alemanes fueron acribillados cuando intentaban salir de los edificios en llamas, sin que se les concediera la posibilidad de rendirse. El avance del fuego iba expulsando a los defensores de las posiciones en las que se habían hecho



Grupo de comandos preparando fuego de mortero en Vagsoy.

fuertes, mientras los comandos seguían avanzando entre el humo, decididos a tomar el pueblo de una vez por todas.

La lucha se prolongaría hasta después del mediodía, cuando los alemanes se convencieron de que era inútil resistir. Mientras se escuchaban todavía algunas ráfagas aisladas, los defensores comenzaron a entregarse. El pueblo de Vagsoy del Sur había sido tomado. Los británicos procedieron entonces a destruir todo aquello que era de utilidad

para los alemanes. Los equipos de demolición del comando volaron todas las instalaciones de defensa del islote de Maloy. En tierra firme destruyeron las fábricas de aceite de pescado, la emisora de radio y el faro.

A las tres de la tarde de esa intensa jornada, los soldados británicos regresaron a sus barcos, llevando consigo a noventa y ocho prisioneros alemanes. En tierra quedaron los cuerpos sin vida de ciento cincuenta soldados germanos. Además, setenta y un noruegos decidieron unirse a las tropas aliadas.

Aún habría lugar para otra buena noticia. Los barcos británicos no sólo se habían estado dedicando a apoyar con el fuego de sus cañones las operaciones que se desarrollaban en tierra, sino que también se habían ocupado de mandar a pique los barcos mercantes alemanes que había por la zona. Los cinco buques de guerra hundieron nueve mercantes, pero lo mejor estaba por llegar; un pesquero alemán artillado encalló y los marinos británicos lo abordaron para capturar sus libros de códigos. Tras una dura lucha con la tripulación lograron arrebatárselos intactos, convirtiéndose en un auténtico tesoro; los libros contenían las señales de radio de cada barco alemán en Noruega y Francia, además de las alertas, contraseñas y señales de emergencia, lo que resultaría de incalculable valor para la inteligencia británica. En el capítulo dedicado a la Operación Chariot quedará constancia de la utilidad de los códigos capturados ese día.

Los incursores partieron dejando tras de sí un rastro de destrucción. Todos los hombres de la batería de Maloy fueron muertos o hechos prisioneros, sus cañones quedaron destruidos y sus cuarteles en ruinas. Varias fábricas fueron incendiadas o voladas. Además, fueron inutilizadas las comunicaciones telefónicas, un faro y varios almacenes. El único carro de combate alemán que se hallaba en Vagsoy, de fabricación francesa, fue destruido sin darle tiempo a salir de su garaje.

ALIMENTAR LA ESPERANZA

La incursión en las islas de Maloy y Vagsoy constituyó un éxito prometedor para Gran Bretaña, a pesar de que la operación se había saldado con un balance de diecinueve comandos muertos y cincuenta



Un soldado británico herido es evacuado, ayudado por sus compañeros.

y dos heridos. Afortunadamente, sólo hubo que lamentar la muerte de un ciudadano noruego y cinco heridos leves, aunque se estimó que los daños sobre propiedades noruegas ascendían a cinco millones de coronas. Ese precio en vidas no empañó el enorme mérito de haber logrado asaltar una posición enemiga firmemente defendida, utilizando de forma sincronizada fuerzas aéreas, navales y terrestres. El asalto no había provocado más que una inapreciable grieta en la megalítica fortaleza europea de Hitler, entonces invulnerable, pero consiguió mantener viva la llama de la esperanza de conseguir algún día asaltarla con éxito.

Aunque regresaron a Gran Bretaña esos setenta y un voluntarios, el Gobierno noruego en el exilio no quedó muy complacido por los resultados de la incursión. El gabinete consideró que la acción no serviría para acortar la guerra en su país, sino más bien al contrario; los alemanes se habían visto sorprendidos por esa operación realizada sobre una costa que era considerada segura, por lo que era muy probable que reforzasen sus defensas en el litoral noruego, haciendo que la victoria final fuera más difícil de lograr que si la incursión no se hubiera realizado.

El Gobierno de Oslo en el exilio no se equivocaba; Hitler se enfureció al conocer la noticia de la incursión de Vagsoy y envió de inmediato doce mil hombres para reforzar las defensas en territorio noruego. Sin embargo, la apreciación de los gobernantes noruegos de que la Operación Archery iba a dificultar la victoria aliada sería errónea; dado que los aliados no tenían la intención de invadir Noruega, el asalto a Vagsoy constituyó una maniobra de distracción de enorme importancia, y quién sabe si decisiva para la marcha de la guerra. De hecho, tras el ataque, Hitler interpretó que este había servido como banco de pruebas a los aliados para lanzar un ataque a gran escala sobre Noruega, lo que le llevó a incrementar significativamente los efectivos en este escenario y a enviar allí una división acorazada para actuar como reserva móvil, además de ordenar la instalación de nuevas y modernas baterías costeras, detrayendo esos medios de otros escenarios en los que sí se decidiría la suerte de la guerra.

El proceso de refuerzo de las defensas germanas en Noruega, provocado en buena parte por el exitoso asalto a Vagsoy, continuaría hasta el 6 de junio de 1944; cuando los aliados desembarcaron en

Normandía, la guarnición alemana en Noruega ascendía a trescientos setenta y dos mil hombres. Si tan sólo cien mil de ellos hubieran estado presentes en las costas francesas en el momento del desembarco aliado, quizás el desenlace del Día D habría sido muy distinto, un mérito que hay que atribuir a aquellos hombres ateridos de frío dispuestos a asaltar la fortaleza europea de Hitler en un remoto fiordo noruego.